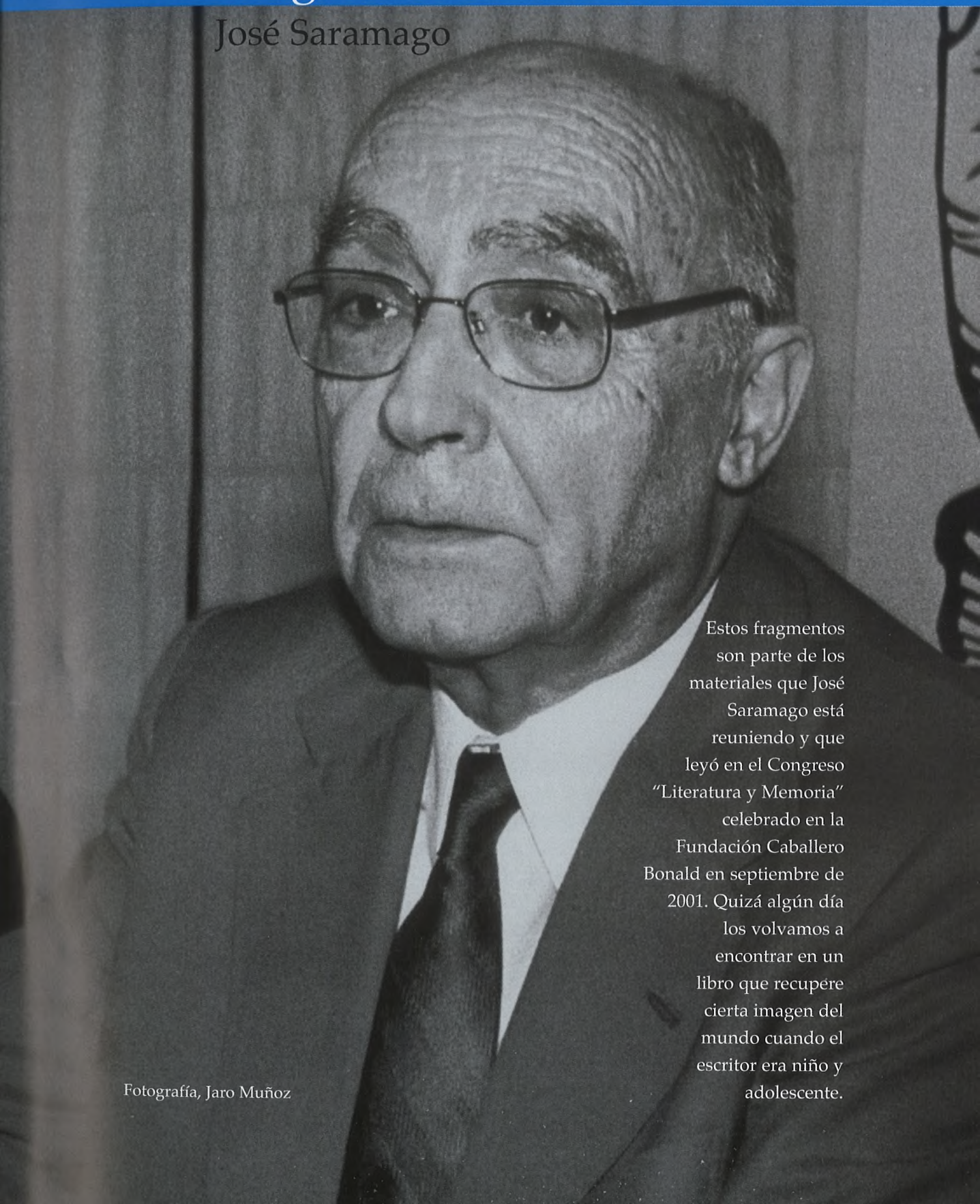
Fragmentos de una memoria

José Saramago



Estos fragmentos son parte de los materiales que José Saramago está reuniendo y que leyó en el Congreso "Literatura y Memoria" celebrado en la Fundación Caballero Bonald en septiembre de 2001. Quizá algún día los volvamos a encontrar en un libro que recupere cierta imagen del mundo cuando el escritor era niño y adolescente.

Fotografía, Jaro Muñoz

¿Por qué este temor a los perros? ¿Por qué esta fascinación por los caballos?

El miedo a los perros, que todavía hoy, pese a tantas experiencias pacíficas, apenas consigo dominar cuando me encuentro ante un perro desconocido, me viene, estoy seguro, del pánico que sentí un anochecer, tendría entonces unos siete años, y al entrar en la casa de la calle Fernão Lopes, en Lisboa, donde vivía con mis padres, de sopetón se abrió la puerta y por ella irrumpió, bruscamente, una fiera, el lobo de Alsacia de unos vecinos, que me persiguió a lo largo de toda la calle, mientras yo, aterrorizado, gritaba pidiendo socorro. Los dichos vecinos, a los que sólo daré ese nombre porque vivían en el mismo edificio, no porque pertenecieran a la misma clase que los petimetres que ocupábamos las buhardillas, tardaron más tiempo en llamar al perro de lo que debería permitir la simple caridad. Entre tanto, si la memoria no me engaña, si no estoy ahora juntando la humillación al pavor, los dueños del perro, jóvenes, finos, elegantes (creo que eran los hijos de la familia), reían a mandíbula batiente. El perro no me mordió, probablemente se asustó cuando se dio de bruces conmigo en la puerta, tuvimos miedo el uno del otro, eso es lo que pasó. El lado extraño del episodio, banal y corriente en lo demás, era que yo "sabía", estando al otro lado de la puerta, que el perro, aquel perro precisamente, iba a aparecer...

¿Y los caballos? La historia de los caballos es mucho más triste. Una tía mía, de nombre María Elvira, hermana de mi madre, estaba casada con un tal Francisco Dinis que era guarda en la finca del Mouchao de Baixo, parte del Mouchao dos Coelhos, una gran propiedad de la margen izquierda del Tajo, a la altura de un pueblo llamado Valle de los Caballos, tierra adentro. Ser guarda de finca significaba pertenecer a la aristocracia de la campiña: escopeta de dos cañones, boina verde, fajín rojo, botas camperas, chaquetilla corta y caballo. En tantos años –son muchos, si contamos desde los ocho a los quince– jamás aquel tío me dejó montar, y yo, supongo que por orgullo, nunca se lo pedí. Un cierto día, no recuerdo ni las vías ni los pretextos (quizá a través de otra hermana de mi madre, María de la Luz, que servía como criada en Lisboa, en casa de la familia Formigal, en la Rua dos Ferreiros, en la Estrela, donde muchos años después acabaría viviendo), se alojó en el Casalinho, que así llamaban a la casa de mis abuelos

maternos, en las Divisoes, una señora, "amiga", como entonces se decía, de un hombre de negocios de Lisboa. Que estaba débil, que necesitaba reposo, y allí se fue, para gozar de los buenos aires de Azinhaga, mejorando, con su presencia y dinero, la escasez de la casa. Con esta mujer, cuyo nombre no soy capaz de recordar (tal vez Isaura, tal vez Irene), tenía yo unas peleas y unos juegos de manos que siempre acababan en una cama de la casa, donde la tumbaba (debía de tener entonces catorce años) pecho contra pecho, pubis contra pubis, mientras la abuela Josefa, haciéndose la inocente, reía y decía que yo tenía mucha fuerza. La mujer se levantaba jadeando, sonrojada, se componía el pelo y afirmaba que si fuera en serio no se hubiera dejado vencer. Tan cándido era, o rematadamente ingenuo, que nunca osé tomarle la palabra... La relación de esta señora con el hombre de negocios era cosa firme, estable, como se probaba por la hija de ambos, una chiquita de unos siete años, que también tomaba los aires, como la madre. Mi tío Francisco Dinis era pequeño, estirado, bastante autoritario en casa, pero la docilidad en persona cuando tenía que lidiar con patrones, superiores o gente de la ciudad. No era de extrañar, por tanto, que rodease de atenciones y de zalamerías especiales a la visitante, de un modo que a mí siempre me parecía más servil que respetuoso. Un día, ese hombre, que en paz descanse, queriendo demostrar su consideración para con las visitas, tomó a la niña, la subió al caballo y, como palafranero de una princesa, la paseó por delante de la casa de mis abuelos, mientras yo, en silencio, sufría el disgusto y la humillación. Años después, en una excursión de fin de curso, monté uno de aquellos melancólicos caballos de Salmeiro, esperando que me devolviese lo que había perdido y casi ni podía imaginar: la nerviosa alegría de una aventura nueva. Demasiado tarde. El rocinante de Salmeiro me llevó a donde quiso, paró cuando le apeteció y no volvió la cabeza cuando me deslicé de la silla, triste como en aquel día. Hoy tengo imágenes de esos animales por toda la casa, quienes las ven preguntan si soy caballero, cuando la verdad es que voy sufriendo todavía los efectos de la caída de un caballo que nunca monté.

Una cereza trae otra, un caballo trae un tío, un tío trae una escena de *Otelo*. Como era regla general en las casas más antiguas de Azinhaga, hablo, claro está, de las viviendas de la gente humilde, la casa de estos tíos míos en el Mouchao dos Coelhos, construida, viene a propósito decirlo, sobre una base alta de piedra, con escalera exterior de acceso, para que no

entraran las riadas, constaba de dos divisiones, una que daba a la calle (en este caso al campo), la llamada habitación de afuera, y otra que era simplemente la cocina, con puerta de salida a la huerta. Mi primo José Dinis y yo dormíamos en la cocina, en la misma cama. Era este primo mío unos cuatro años más joven que yo, pero la diferencia, a pasar de ir en su contra, nunca le impidió andar a la gresca conmigo cada vez que le parecía que le ganaba terreno en las preferencias de las mocitas de la tierra. No olvidaré los celos locos que sufrió a causa de una joven de Alpiarça, llamada Alice, bonita y delicada, que más tarde se casó con un sastre y que, muchos años después, se mudó a Azinhaga con el marido, que seguía trabajando en el oficio. Por cierto que, cuando me dijeron que vivía allí, rondé la puerta disimuladamente y, durante un instante, me reencontré con todos los años pasados. Ella no me vio, por eso no llegué a saber si me habría reconocido.

Los celos eran, pues, enfermedad de la familia Dinis. Mi tío, en el tiempo de las cosechas, cuando los melones comenzaban a madurar y los granos de maíz se iban endureciendo en la mazorca, pocas veces pasaba una noche completa en casa. Recorría la finca, enorme como un latifundio, montando a caballo, con la escopeta atravesada en la silla, a la caza de maleantes mayores o menores. Si acaso la necesidad de mujer apretaba, ya fuese por el efecto lírico de la luz de la luna o del rozar de la silla en la entrepierna, trotaba hasta casa, se desahogaba en un instante, dormía un poco y luego retomaba la ronda. Una madrugada, dormíamos mi primo y yo, extenuados de las peleas y juegos del día, el tío irrumpió cocina adentro dando gritos y blandiendo la escopeta: "¿Quién ha estado aquí? ¿Quién ha estado aquí?". Sobresaltado, vislumbré por la puerta abierta la cama del matrimonio y a mi tía enfundada en un camisón blanco, con las manos en la cabeza: "¡Este hombre está loco!", gemía con voz afligida. Loco tal vez no estuviese, pero preso de celos, sí, lo que probablemente significará lo mismo. Francisco Dinis vociferaba que nos mataría a todos si no decíamos la verdad, intimidó al hijo para que hablase, ya, ya, pero el valor de José Dinis, más que demostrado en la vida civil, no era suficiente para enfrentarse a un padre, para colmo armado y echando espuma por la boca. Salí en su defensa diciendo que allí no había estado nadie, que nos acostamos después de cenar, y nada más. "¿Y nadie entró aquí después?" Comencé a darme cuenta de lo que pasaba, la pobre tía Elvira, desde la cama, me incitaba: "Dilo tú, Joselito, dilo tú, que él a mí no me cree". Supongo que ésa

fue la primera vez en mi vida que di mi palabra de honor. Era cómico, un chico de 14 años diciendo, bajo palabra de honor, que la tía no había metido a otro hombre en la cama, como si yo pudiera saberlo (no, no debo de ser cínico, la tía Elvira era una honestísima mujer), pero el caso es que la palabra de honor dio resultado, supongo que por la novedad, pues la norma de la tierra, salvo en juramentos y maldiciones, era sí sí, no no, sin otro gasto de florituras retóricas. Mi tío se calmó, dejó la escopeta y todo quedó aclarado. La cama era de esas que tienen en la cabecera y en los pies unos varones de latón que se podían quitar y poner y que se sujetaban a las barras laterales por unos chirimbolos del mismo metal, cuyo tornillo interno, con el uso, acabó desgastándose y perdiendo firmeza. Cuando mi tío entró y subió la torcida del candil de petróleo, se encontró con lo que creía que era la prueba de su deshonra: el varón de la cabecera se había soltado de uno de los lados y pendía sobre la mujer que dormía. Qué orgías imaginó él, que agitaciones de miembros poseídos por todos los desvaríos eróticos, no podía yo concebirlo entonces, pero que el pobre hombre no tuviese la lucidez de comprender que por allí no podían haber ido los tiros, si los hubiera, muestra hasta qué punto los celos son capaces de cegar los ojos ante la evidencia más cristalina de quien quiera que sea. Si yo perteneciera a la raza de los Yagos (no sé, no vi, estaba durmiendo...) tal vez el silencio de la noche hubiera sido cortado por dos disparos de escopeta y una mujer inocente yacería muerta entre unas sábanas que no habían conocido más olores y fluidos masculinos que los del homicida...

Del Mouchao de Abaixo es también la sobre todas edificante historia de la Pezuda, una mujer a quien cruelmente llamaban así porque tenía los pies grandes. La Pezuda era vecina de mis tíos, ella y el marido vivían en una casa contigua (no recuerdo que tuvieran hijos) y, como tantas veces sucedía en aquellos parajes, donde, en el más riguroso de los sentidos me crié, las dos familias, en cumplimiento de viejas rencillas, no se hablaban. La Pezuda, evidentemente, tenía nombre de bautismo en el registro, pero para nosotros era la Pezuda y con eso estaba todo dicho. Hasta el punto de que un día (tendría unos 12 años) estaba sentado en los escalones de la puerta de la casa cuando, al ver pasar a la detestada vecina (detestada sólo por solidaridad familiar, que la pobre mujer nunca me había hecho nada malo), le dije a mi tía que cosía dentro: "Ahí va la Pezuda". La voz me salió alta sin querer y la Pezuda me oyó. Cargada de razón, me soltó toda una

letanía de reproches acerca de la mala educación de niño de Lisboa a quien, por lo visto, no le habían enseñado modales, ni siquiera el precepto de respetar a las personas mayores, que era, entonces, de todos, el fundamental. Y remató amenazándome de que se quejaría al marido cuando volviera del trabajo, a la puesta del sol. No tengo otro remedio que confesar que anduve el resto del día con el corazón en un puño, amedrentado, ése es el término apropiado, porque el hombre, según se decía, tenía fama y provecho de bruto. Decidí para mis adentros que me iba a hacer invisible hasta que la noche acabara de cerrarse, pero la tía Elvira se dio cuenta de la estrategia y cuando me disponía a perderme por los alrededores, me dejó caer, con el aire más tranquilo del mundo: "A la hora en que él regrese del trabajo, tú sentado en el escalón y esperando. Si te quiere pegar, tendrá que vérselas conmigo, pero de aquí no huyes". Estas son buenas lecciones, para toda la vida. Recuerdo (me acuerdo ahora mismo, no es subterfugio literario) una puesta de sol bellísima y yo allí, mirando las nubes rojas y el cielo violeta, sin saber lo que me iba a pasar. A las tantas, ya oscurecido, llegó el vecino, subió las escaleras de la casa, entró, pero no volvió a salir. Todavía hoy no sé qué ocurrió allí dentro: ¿Le contó la mujer lo sucedido y él creyó que no valía la pena tomar en serio la mala educación de un payaso? ¿Fue ella tan generosa que no le dijo ni una palabra al marido aceptando la ofensa hecha a unos pies de los que no era responsable? ¿Pensaría en todo lo ofensivo que me podría llamar a mí, tartamudo, por ejemplo, y se calló por caridad? Lo cierto es que cuando mi tía me llamó para cenar no había triunfo en mis pensamientos. Estaba contento, sí, porque fui capaz de aparentar un valor que recibí prestado, pero tenía la impresión de que algo me estaba faltando. ¿Hubiera preferido un tirón de orejas? Claro que no, pero hoy no me cabe la menor duda de que algo quedó en suspenso aquella noche. O pensándolo mejor, tal vez no. Tal vez el proceder de los vecinos fue, simplemente, la segunda lección que estaba necesitando.